

EL

HERALDO DEL ISTMO

REVISTA ILUSTRADA

"BIEN FAIRE ET LAISSER-DIRE"

Director: GUILLELMO ANDREVE



15 de Mayo de 1905

Propietarios: CHEVALIER, ANDREVE & Cía.

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

FOTOGRAFADO



valor y adelante. Dos golpecitos en la puerta... De un regaño no ha de pasar...

—“Oh, mi señor don Darío Rubén!...” Ante una mesa toda llena de papeles nuevos y viejos, viejos sobre todo, estaba Ricardo Palma y me recibía con una amable sonrisa, que me daba ánimos, debajo de sus espesos y canosos bigotes retorcidos. Figura simpática é interesante en verdad! Mediano de cuerpo, ágil á pesar de su gruesa carga de años, ojos brillantes que hablan y párpados movibles que subrayan, á veces, lo que dicen los ojos; rápido gesto de buen conversador, y palabra fácil y amena, tal era el ogro!—“Oh, mi señor don Darío Rubén”... Así me saludó, así, poniendo el apellido primero y el nombre después. Mi pobre nombre tiene esa capellanía. En diarios sudamericanos he leído: “El escritor que se oculta bajo el pseudónimo de Rubén Darío...” Sí, unos lo creen pseudónimo, otros lo colocan al revés, como el ingenio de las *Tradiciones*, y otros, como don Juan Valera, dicen que es un nombre “contrahecho ó fingido”.....

¡Válgame Dios! Pero dejo para otra vez el contar por qué mi nombre es judaico y mi apellido persa, y vuelvo á don Ricardo. Me habló de su vida entre papeles antiguos, llenos de polvo y polillas; de literatos chilenos amigos suyos; de su querida Biblioteca, que está restaurándose; de la guerra del Pacífico (ahora viene el regaño, pensé...); de tantas cosas más! Luego me llevó á conocer todos los departamentos del edificio, el salón de pinturas y esculturas nacionales, el de lectura y los extensísimos de los libros y manuscritos. No pude menos que exclamar: “¡Rica Biblioteca!” Encendí la pólvara. Vino el regaño, pero no para mí; no apareció el ogro sino el hombrecito vibrante y patriota:—“Rica antes de que la destrozaran los chilenos! Cuando la ocupación, entraban los soldados ébrios á robarse los libros. Vea usted, mi señor don Darío, vea usted.” Se acercó á un estante y tomó un precioso incunable en una de cuyas páginas estaba escrito, con letra de Palma, que el libro había sido comprado en *dos reales á un soldado de Chile*. Me narraba

atrocidades. Me dijo todo lo que había sufrido en los tiempos terribles. Y al oírle hablar todo nervioso, con voz conmovida, yo pensaba: ¿A qué hora le llegará su turno á mi *Canto épico*? No le tocó.

* *

Libros ingleses, libros alemanes, libros italianos y americanos, libros españoles, la vieja legión de clásicos, y casi todos los autores modernos, estaban en aquellas estanterías; y luego el amarillento archivo colonial, los crónicas vetustos, la vasta mina escabrosa de donde el brillante y original trabajador peruano saca, á la luz del mundo literario, el grano de oro sin liga que resplandece con brillo alegre en sus tradiciones incomparables.

—“Me da tristeza, me dijo, que la parte americana sea tan pobre.” Y en efecto, hacían falta muchas notables obras chilenas, argentinas, venezolanas, colombianas, ecuatorianas y,



RICARDO PALMA

con especialidad, centro-americanas. Recuerdo que entre los libros de Guatemala encontré algunos de autores cubanos. Batres Montúfar, el príncipe de los *conteurs* en verso, estaba allí; pero no García Goyena, el egregio fabulista, honra de la América Central, aunque nacido en el Ecuador.

Pasamos luego á un gran salón donde están los retratos de los Presidentes del Perú, destacándose entre ellos el del General Cáceres, en su caballo guerrero de bello espumoso y brava estampa.

..... Vi también el de aquel indio legendario que, correo de guerra, tomado por el enemigo, se comió las cartas que llevaba, antes que entregarlas, y murió fieramente. Palma me explicaba todo, complaciente, afable, citando nombres y fechas, hasta que volvimos á su oficina, donde llama la atención, en una de las paredes, un gran cuadro, formado con billetes de banco y sellos de correo peruanos.

Mientras él me hablaba de sus nuevos trabajos, y de que él pensaba entrar en arreglos con un editor de Buenos Aires, para publicar una edición completa de sus tradiciones, yo recordaba que, en el principio de mi juventud, me había parecido un hermoso sueño irrealizable estar frente á frente con el poeta de las *Armonías*, de quien me sabía desde niño aquello de

¡Parto, oh patria, desterrado!
De tu cielo arrebolado
mis miradas van en pos.
Y en la estela
que riela
sobre la faz de los mares,
ay! envío á mis hogares
un adiós;

y con el autor de tanta famosa tradición, cuyo nombre ha alabado la prensa del mundo, desde el *Figaro* de París, hasta el último de nuestros periódicos. Y veía que el ogro no era tal ogro, sino un corazón bondadoso, una palabra alentadora y lisonjera, un conversador jovial, un ingenio en quien, con harta justicia, la América ve una gloria suya.

En sus juicios literarios se dejan ver sus conocimientos del arte y su fina percepción estética. El es decidido afiliado á la corrección clásica, y respeta á la Academia. Pero comprende y admira el espíritu nuevo que hoy anima á un pequeño, pero triunfante y soberbio, grupo de escritores y poetas de la América española: el modernismo. Conviene á saber: la elevación y la demostración en la crítica, con la prohibición de que el maestro de escuela andino, y el pedagogo chascarrillero penetren al templo del arte; la libertad y el vuelo, el triunfo de lo bello sobre lo preceptivo, en la prosa; y la novedad en la poesía: dar color, y vida, y aire, y flexibilidad al antiguo verso que sufría anquilosis, apretado entre tomados moldes de hierro. Por eso él, el impecable, el orfebre buscador de joyas viejas, el delicioso anticuario de frases y refranes, aplaude á Díaz Mirón, el poderoso, y á Gutiérrez Nájera, cuya pluma aristocrática no escribe para la burguesía literaria, y á Rafael Obligado, y á Puga y Acaí, y al chileno Tondreau, y al salvadoreño Gavidia y al guatemalteco Domingo Estrada. Deleita oír á Palma tratar de asuntos filosóficos y artísticos, porque se advierte que en aquel cuerpo que se halla á las puertas de la ancianidad, corre una sangre viva y joven, y en aquella alma arde un fuego sagrado, que se derrama en claridades de nobilísimo entusiasmo.

* *

Es la primera figura literaria que hoy tiene el Perú, junto con mi querido amigo el poeta Márquez, traductor de Shakespeare. Y—á propósito de poetas,—en una de sus cartas me decía una vez don Ricardo: “Yo no soy poeta.” Ante esta declaración, no hice sino recordar su magistral traducción de Víctor Hugo, donde aparece, formidante y aterrador, aquel ojo que, desde lo infinito, está fijo mirando á Caín, en todas partes. En cuanto á sus versos lijeros y jocosos, pocos hay que le aventajen en gracia y facilidad. Tienen la mayor parte de ellos un algo encantador, y es la nota limeña.

* *

Me despedí de él con pena. Quién sabe si volveré á verle! Y ya en el coche, que volaba camino del hotel,—donde tenía que ver á Eloy Alfaro,—con los ojos entrecerrados, satisfecho de mi visita, sonreía al pensar en que el ogro no era como me lo pintaba mi amigo el chileno; y guardaba con orgullo en mi memoria, para conservarlo eternamente, el recuerdo de aquel viejecito amable, de aquel buen amigo, de aquel glorioso príncipe del ingenio.

RUBÉN DARIO.

1890.



Los que están á la mira

FUE el licenciado Polo de Ondegardo, autor de una interesante crónica historial del Perú que, según Prescott, se conserva aún inédita, hombre de agudo ingenio y muy amigo de jugar con los vocablos. Pruébalo el que habiéndose querrelado delante de él dos individuos que se dieron de golpes, empleando, el uno, una vara de medir, y el otro, una pesa de cobre, dijoles el Juez: en este litigio no cabe sentencia, porque el asunto se ha ventilado ya con peso y medida.

Cupo al Demonio de los Andes, Francisco de Carvajal, bautizar con el nombre de *tejalotes* á los que, en política, se manejan con doblez y que bailan al son que tocan. En ese siglo de revueltas, hubo no pocos, que huyendo de comprometerse en los bandos, esperaban á última hora para exhibirse como partidarios de la causa que, entre cien, contara con noventa y nueve probalida les de éxito.

Polo de Ondegardo bautizó con el nombre de *los que están á la mira* á esos politequeros de cuernejada que, en nuestros días, llamamos *oportunistas* ó amigos de la víspera, y que, de paso sea dicho, son los que se adueñan de las mejores tajadas, dando autoridad al refrán que dice: nadie sabe para quién trabaja.

Enviando Ondegardo á Charcas con el carácter de Gobernador por don Pedro de la Gasca, se vio en el caso de investigar el comportamiento de los principales vecinos durante la ya vencida revolución de Gonzalo Pizarro, para premiar en ellos su lealtad y servicios á la causa del rey, ó bien para imponer castigo á los que resultasen contaminados con la lepra de la rebeldía. Si bien de estos últimos sólo

encontró dos que enviar, sin escrúpulo, á la horca, en cambio tampoco halló á nadie digno de obtener mercedes, que era el licenciado juez muy exigente en esto de aquilatar el merecimiento ajeno. Para manga ancha las juntas calificadoras de nuestros tiempos, en que resultan hasta vencedores en un combate, prójimos que se hallaban á cien leguas de distancia. Muy cómodo es hacer caridades á expensas del tesoro fiscal, y no del propio.

Después de escuchar el alegato de méritos y servicios de cada vecino, Polo de Ondegardo, entre risueño y grave, formulaba objeciones; y como no le contestaban exhibiendo documentos que comprobasen no haber sido el sujeto fibio en la defensa de la bandera real, concluía el licenciado con estas frases:

—Está visto, mi amigo, que vuesa merced no ha arriesgado un cabello en favor del rey, y que ha militado entre *los que están á la mira*. No ha sido bobo vuesa merced; pero, para mí, más gracia merece el enemigo declarado que quien está á la de viva quien venza. Lo pagará su bolsa, y así escarmentará para, en otra, no estarse á la mira sino comprometerse con San Miguel ó con el diablo.

Y á todos los de la mira les impuso una multa para el tesoro de su majestad, desde cien hasta mil ducados, según la posición y teneres de la persona.

Y fueron tantos los que resultaron pecadores de haber estado á la mira, que pasó de un millón de pesos la suma que Polo de Ondegardo remitió á España, con destino á la real persona de su majestad don Felipe II.

RICARDO PALMA.

Al pié de la letra

EL capitán Paiva era un indio cruzado, de casi gigantesca estatura. Distinguíase por lo hercúleo de su fuerza, por su bravura en el campo de batalla, por su disciplina cuartelera y, sobre todo, por la pobreza de su meollo. Para con él las metáforas estuvieron siempre de más, y todo lo entendía *ad pedem litera*.

Era gran amigo de mi padre, y éste me contó que, cuando yo estaba en la edad del despete, el capitán Paiva desempeñó conmigo, en ocasiones, el cargo de niñera. El robusto militar tenía pasión por acariciar mamones. Era hombre muy bueno. Tener una fama de tal, suele ser una desdicha. Cuando se dice de un hombrón: fulano es muy bueno, todos traducen que ese fulano es un posma, que no sirve para maldita de Dios la cosa, y que no inventó la pólvora, ni el gatillo para sacar muelas, ni el crí-crí. Mi abuela decía: la oración del *Padre nuestro* es muy buena, no puede ser mejor; pero no sirve para la consagración en la misa.

A varios de sus compañeros de armas he oído referir que el capitán Paiva, lanza en ristre, era un verdadero centauro. Valía él solo por un escuadrón.

En Junín ascendió á capitán; pero aunque concurrió después á otras muchas acciones de guerra, realizando en ellas proezas, el ascenso á la inmediata clase no llegaba. Sin embargo de quererlo y estimarlo en mucho, sus Generales se resistían á elevarlo á la categoría de jefe.

Cadetes de su regimiento llegaron á coroneles. Paiva era el capitán eterno. Para él no habían mas allá de los tres galoncitos.

Y tan resignado, y contento, y cumplidor de su deber, y lanceador, y pródigo de su sangre!

¿Por que no ascendía Paiva? Por bruto, y porque de serlo se había conquistado reputación piramidal. Vamos á comprobarlo refiriendo, entre muchas historietas que de él se cuentan, lo poco que en la memoria conservamos.

* * *

Era, en 1835, el General Salaverry Jefe Supremo de la nación peruana y entusiasta admirador de la bizarría de Paiva.

Cuando Salaverry ascendió á teniente, era ya Paiva capitán. Hablábanse tú por tú, y elevado aquél al mando de la República no consintió en que el lancero le diese ceremonioso tratamiento.

Paiva era su hombre de confianza para toda comisión de peligro. Salaverry estaba convencido de que su camarada se dejaría matar mil veces, antes que hacerse reo de una deslealtad ó una cobardía.

Una tarde llamó Salaverry á Paiva, y le dijo: Mira, en tal parte es casi seguro que encontrarás á don fulano, y me lo traes preso; pero, si por casualidad no lo encuentras allí, allana su casa.

Tres horas más tarde regresó el capitán y dijo al Jefe Supremo:

—La orden queda cumplida en toda regla. No encontré á ese sujeto donde me dijiste; pero su casa queda tan llana como la palma de mi mano, y se puede sembrar sal sobre el terreno. No hay pared en pie.

Al lancero se le había ordenado *allanar la casa*, y como él no entendía de dibujos ni de floreos lingüísticos, cumplió al pié de la letra.

Salaverry, para esconder la risa que le retezaba, volvió la espalda, murmurando:

—¡Pedazo de bruto!

* * *

Tenía Salaverry por asistente un soldado conocido con el apodo de *Cuculí*, regular rapista á cuya navaja fiaba su barba el General.

Cuculí era un mozo limeño, nacido en el mismo barrio y en el mismo año que don Felipe Santiago. Juntos habían mataperreado en la infancia, y el Presidente abrigaba por él fraternal cariño.

Cuculí era un tuno completo. No sabía leer; pero sabía hacer hablar las cuerdas de una guitarra, bailar zamacueca, empuñar el codo, acarretar los dados, y darse de puñaladas con *cualquierita* que le disputase los favores de

una pelandusca. Abusando del afecto de Salaverry, cometía barrabasada y media. Llegaban las quejas al Presidente, y éste unas veces enviaba á su barberillo arrestado á un cuartel, ó lo plantaba en cepo de ballesteros ó le arriaba un pie de paliza.

—Mira, canalla (le dijo un día don Felipe, derrepente se me acaba la paciencia, se me caienta la chicha y te fusilo sin misericordia.

El asistente levantaba los hombros, como quien dice: ¡Y á mí qué me cuenta Ud.? sufría el castigo y, rebelde á toda enmienda, volvía á las andadas.

Gorda, muy gorda debió ser la queja que contra Cuculí le dieron una noche á Salaverry; porque dirigiéndose á Paiva, dijo:

—Llévate ahora mismo á ese bribón al cuartel de granaderos y fusílalo entre dos luces.

Media hora después regresaba el capitán, y decía á su general:

—Ya está cumplida la orden.

—Bien!—contestó lacónicamente el Jefe Supremo.

—Pobre muchacho!—continuó Paiva lo fusiló en medio de dos faroles.

Para Salaverry, como para mis lectores, *entre dos luces* significaba al rayar el alba. Metáfora usual y corriente. Pero... ¿verdad con metaforitas á Paiva?

Salaverry, que no se había propuesto sino aterrorizar á su asistente y enviar la orden de indulto una hora antes de que rayase la aurora, volteó la espalda para disimular una lágrima, murmurando otra vez:

—Pedazo de bruto!

* * *

Desde ese día quedó escarmentado Salaverry para no dar á Paiva encargo ó comisión alguna. El hombre no entendía de acepciones figuradas en la frase. Había que ponerle los paños sobre los fes.

Pocos días antes de la batalla de Socabaya, hallábase un batallón del ejército de Salaverry acantonado en Chaclla-pampa. Una compañía boliviana desplegada en guerrilla, se presentó sobre una pequeña eminencia y, aunque sin ocasionar daño con sus disparos de fusil, provocaba á los salaverrinos. El general llegó con su escolta á Chaclla-pampa, descubrió, con auxilio del anteojo, una división enemiga á diez cuadras de los guerrilleros, y como las balas de éstos no alcanzaban ni con mucho al campamento, resolvió dejar que siguiesen gastando pólvora, dictando medidas para el caso en que el enemigo, acortando distancia, se resolviera á formalizar combate.

—Dame unos cuantos lanceros—dijo el capitán Paiva—y te ofrezco traerte un boliviano á la grupa de mi caballo.

—No es preciso—le contestó don Felipe.

—Pues, hombre, van á creer esos cañeros que nos han metido el resuello y que los tenemos miedo.

Y sobre este tema siguió Paiva *majaderando*; y majadereó tanto que, fastidiado Salaverry, le dijo:

—Déjame en paz. Haz lo que quieras. Anda, y hazte matar.

Paiva escogió diez lanceros de la escolta, cargó reciamente sobre la guerrilla, que contestó con nutrido fuego de fusilería, la desbarcó y dispersó por completo, é inclinándose el capitán sobre su costado derecho cogió del cuello á un oficial enemigo, lo desarmó, y lo puso á la grupa de su caballo.

Entonces emprendió el regreso al campamento. Tres lanceros habían muerto en esa heroica embestida, y los restantes volvían heridos.

Al avistarse con Salaverry gritó Paiva:

—Manda tocar diana. ¡Viva el Perú!

Y cayó del caballo para no levantarse más. Tenía dos balazos en el pecho y uno en el vientre.

Salaverry le había dicho:—anda, hazte matar—y decir esto á quien todo lo entendía al pié de la letra, era condenarlo á muerte.

Yo no lo afirmo; pero sospecho que Salaverry, al separarse del cadáver, murmuraría conmovido:

—¡Valiente bruto!

RICARDO PALMA.

Primera Comunión

(Del libro *Cofre de sándalo*).

A la memoria de mi hermana.

DOMINGO, día de Pentecostes, la gran fiesta, como decía desde el púlpito nuestro párroco, puesto que esa fecha recordaba al cristiano el principio de extensión de la Iglesia. El Espíritu Santo había bajado en la forma del fuego que purifica y que ilumina, á la cabeza de los Apóstoles, con el fin de retemplar sus corazones y fortalecer sus inteligencias para la lucha que debían librar con el mundo. La buena nueva comenzó á darse á todos los hombres con la palabra y el ósculo de paz en la mejilla, y la doctrina del Salvador, fecunda y siempre nueva, se abrió paso donde quiera y caló en el espíritu de la sociedad carcomida y vetusta.

Ese fué el día señalado para que las niñas de nuestra aldea, de nueve á once años, hiciesen la primera comunión. Recuerdo que la víspera, mi hermana, que era menor que yo dos años, se fué al cuarto de mi madre, y allí, con el pequeño devocionario de oír misa y la contrición inocente en el semblante, hizo su examen de conciencia y se preparó debidamente para la recepción de un sacramento nuevo que tenía atracciones de mística poesía para su alma de alburas transparentes, de perfumes más suaves que los de las violetas y heliotropos de nuestro valle. Yo no era un muchacho voluntarioso ni rebelde, y, sin embargo, confieso que sentí envidia delante de mi hermana cuando la ví acercarse al confesionario con aire de compunción edificante, y rezar después, ante la imagen de los Dolores, el *Arcmaria* que el sacerdote le impuso de penitencia.

En medio de su relativa pompa la iglesia se me presentaba como una de esas jóvenes modestas que ocultan su hermosura en el rincón de una humilde buhardilla, trabajando quince horas diarias para ahorrar unos pocos reales conque comprar el vestido de gala que cada año se hace indispensable estrenar en la fiesta del santo Patrono. Era tal la limpieza que resaltaba en el lugar santo, que las mujeres, obligadas á arrodillarse en el pavimento descubierta, lo hacían sin el menor escrúpulo, sin reparar siquiera en que el polvo del calzado manchase los sencillos trajes de Holanda y muselina, aseados y lustrosos por el almidón y la plancha. Festones de musgo cruzaban desde el altar mayor hasta el coro, semejando cortinajes bronceados, y los helechos y zarzarcas formaban coronas al pie de las banderas de blanco y rojo cruzadas sobre los pilares pintados de amarillo terroso.

Sobre la mesa del altar se hallaba colocado un retablo de regular tamaño, obra de artista desconocido, que representaba el grupo de los Apóstoles en el Cenáculo, presididos por la Santísima Virgen. Todavía tengo presente la fisonomía de los primeros, aquel aire de estupefacción jamás sentida, al ver suspendidas sobre sus frentes las lenguas del fuego divino y misterioso. El olor del incienso trascendía en el recinto, mezclándolo al de las flores que las gentes devotas habían regado en magnífica profusión por todas partes; los cirios, colocados delante del tabernáculo, chisporroteaban á intervalos como si respirasen una atmósfera húmeda, y la pequeña custodia de plata dorada, con el sagrado disco expuesto á la adoración de los fieles, despedía, con las vacilaciones de la luz, reflejos que tenían la intensidad de las cosas sagradas. Un rayo de sol se había colado á través de una de las ventanas é iba á quebrarse en la cabeza del sacerdote, sentado en su silla forrada en damasco, mientras se cantaba el *Gloria*, y su tonsura, de limpieza inmaculada y de palidez mate transparente, brillaba también como un disco santo que hablaba de vigiliat y de virtudes heroicas.

Al pie del presbiterio no había sino una multitud de cabecitas rubias y negras, cubiertas con el velo de las novias. Y novias eran, en realidad, las que iban á desposarse con Jesucristo por la primera vez, llevándole las pri-

micias de su inocente pureza. Eran las niñas que iban á comulgar.

Cierta impaciencia, propia de la edad, agitaba sus cabezas en un oleaje continuo, y un murmullo sordo, casi imperceptible, salía á ratos del cándido grupo. Bastaba la mirada de enojo que le dirigía alguna madre que estaba allí cerca cuidando del orden, para que cesase el cuchicheo y todas volvieran á guardar religioso silencio.

Cuando llegó la hora ansiada de la comunión, el sacerdote se volvió al pueblo, extendió las manos, bendijo las niñas y comenzó á rezar el *Confiteor*. La gente repitió en un rumor confuso, semejante al de una gran colmena: *Yo pecador, me confieso á Dios.....* y las niñas del traje blanco y del velo de novia comenzaron á subir las gradas del comulgatorio y á arrodillarse ante el enrejillado de madera torneada. Un himno, suave al principio, que fué acentuándose en crescendo magnífico hasta apagar las notas vacilantes del viejo órgano, hizo estremecer á los asistentes, y el sacerdote, precedido del acólito que llevaba en la mano un cirio encendido, comenzó á repartir el pan eucarístico.

Corpus Domini nostri Jesu-Christi custodiat animam tuam in vitam aeternam—decía el sacerdote haciendo la señal de la cruz con la sagrada forma sobre la boca de cada niña. Amén, respondía el ayudante, y el pueblo exclamaba á una sola voz, con esa monotonía inseparable de las repeticiones: "¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar!" Los espíritus religiosos se replegaban en sí mismos en presencia del alto misterio que se cumplía en aquel momento solemne de las grandezas divinas; los corazones más indiferentes se conmovieron, y lágrimas de cristiana alegría resbalaron en silencio por las mejillas de las madres que asistían al consorcio eucarístico de las prendas de su alma.

Terminada la comunión, el sacerdote volvió á extender las manos sobre las niñas para bendecirlas y exhortarlas con palabras de verdadera unción á que amaran á Dios y á sus padres. El himno terminó, y leído que fué el último evangelio, la gente comenzó á salir en mudo recogimiento.

Después del ofrecimiento de la comunión, las niñas se cubrieron la cara con el velo, tomaron el amarillento cirio adornado con una pequeña corona de azabares y gasas, y se retiraron, llevando en el corazón la más santa de las alegrías.

Habían recibido á Dios en su pecho, digno alcázar de quien acepta siempre con agrado las ofrendas del candor y de la inocencia. Sus ojos chispeaban y sus mejillas se encendían de regocijo. Pensaban en la bondad infinita del Señor, pero á ese pensamiento se agregaba también otro profano que venía á completar la dicha de aquellos instantes de religiosa piedad. El beso de sus padres, el abrazo conque las recibirían al volver á casa los hermanos y parientes, los regalos de ellos y de sus amigos..... el crucifijo de marfil; la cruz de azabache con cantoneras relucientes de plata bruñida; las imágenes de los santos que irían á adornar el testero de sus camas para vigilar sus sueños como guardianes del Altísimo; las viñetas con miosotis de raso y santas máximas en caracteres de oro; las coronas de pensamientos aterciopelados y de rosas blancas y fragantes..... Todo eso y mucho más estaría aguardándolas á su vuelta de la iglesia como digno recuerdo del día feliz de la primera comunión.

Y mientras esas ideas de felicidad cruzaban por la mente de las niñas aristocráticas y ricas del lugar, allí, muy cerca de ellas, en un rincón de la silenciosa iglesia, se desarrollaba un drama conmovedor, el drama siempre igual y siempre nuevo de los dolores humanos.

Metida en un ángulo del altar de las Animas, una de las comulgantes lloraba sin hacer ruido y se enjugaba los ojos con el velo ordinario que caía de su frente. A juzgar por la humildad del vestido, era sin duda la más pobre de las niñas que habían ido á comulgar. Mas no era su llanto de emulación ni de envidia: lloraba porque no tenía padres que se alegraran con ella en el primer día solemne de su vida; porque pensaba en el trato brutal que la aguar-

daba en casa de la tía, que la recogió cuando quedó huérfana, en aquella casa que tenía para ella recuerdos dolorosos que le atenaceaban incasantes y donde debía vivir indefinidamente, sin esperanza de compasión ni de lástima; lloraba.....sí, lloraba también porque nadie se había acordado de ella para darle el más insignificante regalo que le recordase la fecha del día aquel tan grato para su alma atribulada y enferma. Todas sus compañeras llevaban á sus casas un libro, una cruz, una viñeta conque el señor cura ó la maestra las había obsequiado. Sólo ella no tenía ni una estampa ni una flor, y ni siquiera en su espíritu resonaba el eco de una palabra de ternura que compensara los días amargos de su niñez esquiva y sombría.....

Largo rato permaneció escondida en aquel sitio. La iglesia iba quedando vacía. Sólo ante un altar una mujer vestida de negro, acompañada de una niña de las que acababan de comulgar, permanecía arrodillada, mascullando las últimas oraciones. Cuando el sacristán, impaciente por cerrar la iglesia, dió la señal sacudiendo el manojo de llaves que llevaba en la mano, la mujer, seguida de la niña, se levantó para salir. Al traspasar una de las puertas laterales, vieron á la chica acurrucada, rendida por el llanto y el sueño.

—Margarita... Margarita... ¿Por qué estás ahí? Levántate, que van á cerrar la iglesia. Y mientras esto decía la niña que le hablaba, tirábale suavemente del brazo con que cubría la cara, que expresaba cansancio y fatiga.

—María!—exclamó Margarita, abriendo desmesuradamente los ojos con muestra de sobresalto. ¿Todavía tú en la iglesia? Me iba quedando dormida... No sé qué tenía... Vámonos.

Y salió en compañía de su amiga y de la señora del traje negro.

—Sí, decía Margarita con voz entrecortada por las lágrimas, yo soy muy desgraciada. Mi tía no me quiere. Todos los días me castiga... Si yo pudiera encontrar otra casa donde vivir!... Oye, ¿no te han dado á tí recuerdos de nuestra primera comunión? Creo que soy la única que no ha alcanzado nada, ni siquiera una vitela de la *Inmaculada* en su gruta de Lourdes. ¿Qué te parece? Hasta la maestra, la señorita que dice quererme por mi comportamiento y aplicación, se ha olvidado de mí...

—¡Cómo! ¿que no te han dado nada, cuando la maestra tenía una porción de láminas bellísimas para repartirlas entre nosotras, sus discípulas? ¿Sabes que eso es una injusticia y que me desagrada mucho? Mañana se lo digo á la maestra, aunque me obligue á hacer veinte planas. No me gustaría que me castigase, pero se lo digo, porque lo que contigo se ha hecho me disgusta profundamente... Sí, tú eres más desgraciada que yo—continuó con acento enternecido—porque tu tía te pega á menudo, ¿verdad? Yo, como tú, soy también huérfana; mas tengo la fortuna de que la señora que me recogió (esta que viene aquí con nosotras), que es apenas parienta lejana de mi madre, no me trata mal, por el contrario, me quiere como si fuera su hija.

Cuando llegaron al punto donde debían separarse, María sacó de su devocionario un registro que tenía impreso en colores muy suaves una cruz de oro en fondo negro sobre un cáliz en cuyo borde estaba una paloma blanca bebiendo el licor que sacaba de él y con la mirada fija en la cruz. La base del cáliz aparecía envuelta en una nube de tintes opalinos y plomizos.

—Tóma—le dijo poniéndoselo en la mano.—Este me lo regaló el señor cura ayer cuando fuí á confesarme. Consérvalo como el recuerdo de tu primera comunión.

Las dos niñas se besaron para despedirse. Un estrecho abrazo las unió un breve instante de comunicación íntima. Margarita, entre temerosa y complaciente, alargó la mano para despedirse de la señora que hacía veces de madre de su amiga, al mismo tiempo que leía para sí el siguiente pasaje de la *Imitación* que en letras de oro se hallaba grabado en la preciosa vitela:

De mí sacan agua como de fuente viva el pequeño y el rico; y los que me sirven de buena voluntad y libremente, recibirán gracia por gracia.

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

El hermoso templo de Chitré



MELITÓN MARTÍN, Pbro.

por causa de los directores de ella. Se nombró entonces como tesorero á don Blas Tello y se encomendó la dirección de los trabajos al maestro Belarmino Urriola.

El trabajo hecho hasta la fecha se ha calculado por ingenieros competentes en cincuenta mil pesos. Pero con seguridad no se ha llegado á gastar ni la tercera parte de esta suma, gracias á la notable sagacidad y dotes económicas desplegadas por el padre Melitón.

Buena parte del trabajo se ha efectuado por el sistema de *Juntas*, tan usado en los pueblos de nuestra tierra, y que todos nuestros lectores conocen seguramente.

Más de trescientas *juntas* se han celebrado y á ellas, justo es decirlo, acudía el pueblo en masa, ávido de prestar su contingente á la obra.

La cal, fabricada en el lugar, mediante la conducción de la materia prima desde lejanos puntos ha entrado por buena parte en la obra. Se calcula en más de treinta mil quintales la cantidad gastada.

Los ladrillos, donados por don Balbino Moreno, suben á treinta mil.

Más de trescientas cincuenta piezas de maderas incorruptibles han sido bajadas de las montañas, siendo el acarreo de esta madera, de la cal y de las piedras, obra de titanes.

El templo de bello aspecto y de estilo Renacimiento tiene veintitrés metros de ancho por cuarenticinco de largo. Las agudas torres se elevan á veintiún metros hasta el remate de la cruz.

Indudablemente el pueblo de Chitré tiene justo motivo de agradecimiento para con su párroco. Sin el inacabable entusiasmo, sin la persistencia incansable del padre Melitón Martín, el templo nunca se hubiera levantado. Era necesario una voluntad firme como la suya y una fé inmensa, de esas que transportan montañas, para coronar la obra.

Presentamos hoy junto con una vista del templo los retratos del Pbro. Melitón y del maestro director de la obra Belarmino Urriola. Acerca del padre Melitón poco tenemos que decir. Es persona bien conocida en la República á la que guarda singular cariño. Probo é ilustrado, es á la vez de genio alegre y franco, y esta cualidad ha dado pábulo á sus enemigos (que él, como todos los que se elevan, los tiene) para tachar su conducta que no está de acuerdo con la idea falsa que ellos se han formado de los ministros de una religión.

Melitón es escritor galano y poeta fácil de corte clásico.

Belarmino Urriola, hijo de Chitré, sin haber salido á parte alguna ni poseer más estudios que los de escuela primaria, es el arquitecto constructor del hermoso

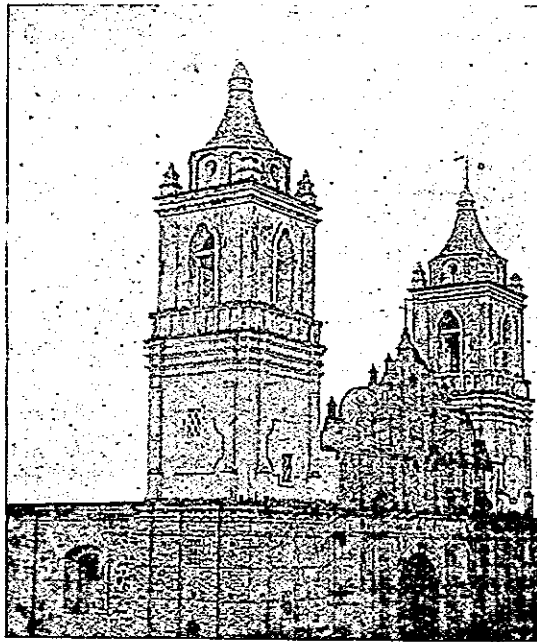
Hacia cerca de seis años que no visitaba al progresista pueblo de Chitré, y podéis juzgar cuán agradable sería mi sorpresa en un reciente viaje que á él hice, cuando al entrar por la calle principal divisé las gallardas torres del bello templo católico construído por el señor Belarmino Urriola bajo la inmediata dirección del contraído é ilustrado Presbítero de esa parroquia doctor Melitón Martín.

Mi admiración no tuvo límites y desde luego me propuse obtener una vista fotográfica de él y los datos posibles para dar á conocer al país, desde las columnas de EL HERALDO DEL ISTMO cuánto pueden el tesón de un buen cura y los esfuerzos de un pueblo laborioso y trabajador.

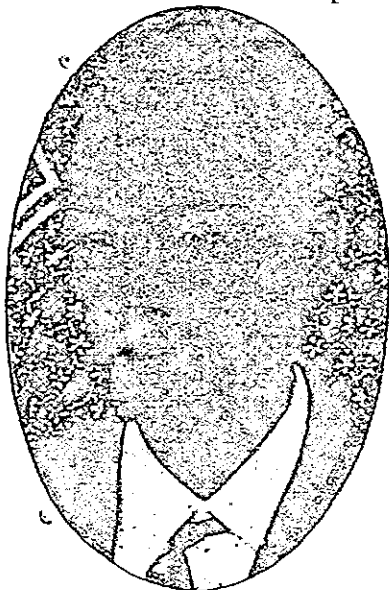
Según los informes que pude obtener la colocación y bendición de la primera piedra del templo se efectuó el 8 de Marzo de 1897.

Ya antes se había principiado por derribar el viejo templo que allí había y para huir de los terribles soles del verano el trabajo se efectuó durante la noche.

Sin embargo de los buenos deseos del cura párroco y de sus feligreses la obra no adelantaba



CHITRÉ.—TEMPLO EN CONSTRUCCIÓN.



BELARMINO URRIOOLA

Director de la obra del templo de Chitré.

Adios!

(A MARÍA ROSA P. DE DE LA OSSA.)

(INÉDITA).

Allá en la márgen florida
Que baña el Rimac undoso,
Y al arrullo caprichoso
De su inquieto murmurar,
Botón de rosa temprana
Sus pétalos entreabría
Y los besos recibía
De la aurora al despertar.

**

Le entonaban dulces cantos
Las aves en la enramada
Y la brisa enamorada
La mecía con amor,
De la vida en los umbrales,
Como reina de las flores,
Soñaba tiernos amores
En su inocente candor.

**

Desde lejana ribera
Vino un céfiro amoroso,
Y arrebató presuroso
Entre sus pliegues la flor:
Y en otros nuevos pensiles
La rosa halló nuevo encanto,
Y encontró cariño santo,
Y escudo contra el dolor.

**

Pero á la flor le faltaba
El calor del patrio suelo,
Y el céfiro alzó su vuelo,
Y con él se fué la flor:
Y en el jardín solitario,
Que su ausencia oscurecía,
Una paloma gemía
Y lloraba un ruiseñor.

JERÓNIMO OSSA.

templo de esa población.

Es honrado padre de familia y con abnegación y constancia ha fundado un hogar respetable. Frisa en los cincuenta años y su verdadero oficio es el de carpintero.

Observando el padre Melitón lo mucho que se hacían pagar los primeros directores de la obra y lo muy poco que ésta adelantaba, habló con Urriola para ver si quería hacerse cargo de ella; una vez aceptado este compromiso se le envió á esta capital con el objeto de tomar datos é informaciones que le pudieran ayudar para tan laudable fin.

Belarmino Urriola ha trabajado con la mayor abnegación y está dispuesto á seguir en la obra emprendida con el entusiasmo que lo enaltece, pues como répetimos, á una honradez acrisolada reúne el interés de ser uno de los hijos de esa simpática población que mejor secundan los titánicos esfuerzos del padre Melitón Martín.

Urriola tomó parte en la construcción del único y hermoso cementerio público que tiene el pueblo de Chitré, siendo el caso de advertir que hasta la fecha, tanto el cementerio como el templo son los mejores de toda la Provincia de Los Santos y no les van en zaga, después de los de Panamá y Colón, á los principales del resto de la República.

JUL F. SANCHEZ.

Carmen

(DE HANS BETHGE).

Traducción del alemán para EL HERALDO DEL ISTMO.



EN una mañana de invierno llegué á la estación del ferrocarril de Sevilla.

Mientras cruzaba las calles de la ciudad observé en muchas esquinas carteles que anunciaban la representación para esa noche de la ópera "Carmen," de Bizet, y desde luego se me ocurrió que yo iría á ella, pues siempre he estado dispuesto á no desperdiciar oportunidad de ver una vez más esa obra maestra de las artes musical y dramática. Y esta vez debía verla en la propia Sevilla; la ciudad que vió los seductores ojos de la encantadora gitana que todos los corazones varoniles inflamaba y en donde el infamado José, trastornado por los negros rizos de aquella, á la rubia Micaela olvidó.

Me hospedé en el Hotel de Roma.

La habitación que me fué designada daba hácia un jardín sembrado de naranjos de los que colgaban ramos de maduras frutas. En el centro había una fuente y no lejos un banco de mármol de alto espaldar, tras el cual crecía un arbusto de gardenias en flor. Aquí y allí, bajo el follaje, veíanse figuras alegóricas de mármol. Era un verdadero jardín al estilo español. Sólo faltaba aquella profusión de flores tan notable en la estación de verano.

Cuando después de almorzar abandoné el Hotel, encontré á la entrada una bella mujer. Esto no es extraño en Sevilla, pero la belleza de ésta me impresionó sobremanera. ¿Sería andaluza? No era posible asegurarlo, pero sus ojos, hermosos como almendras, al ser observados parecían luchar con su orgullo y casi lo indicaban. Llevaba una mantilla de seda negra sobre su cabello del mismo color y detrás de una oreja un clavel rojo. El vestido era también negro. Yo me detuve en el umbral, siguiéndola con la vista. Ella subió sin mirar atrás. ¡Cuán orgulloso su andar! y su porte; ¡cuán imponderablemente orgulloso! Oh, sí! Ella debía ser andaluza.

Salí á la calle y me mezclé con los transeúntes, satisfecho con el hallazgo de ese día. Finalmente entré con el propósito de tomar algún refrigerio al "Café América." Allí, mientras vagaba mi vista por el espacioso salón, tropezó con la hermosa dama que había encontrado yo momentos antes á la puerta del hotel. Estaba en compañía de dos señores que por sus sombreros alones y ceñidas caras podían tomarse por toreros.

Pregunté al sirviente, quién era la dama con la mantilla negra y el clavel en la oreja.

— "Esa es Doña Balbina Domingo," contestó él, "la Prima Donna del Teatro San Fernando. Hoy hace ella de Carmen."

— "Es de Sevilla?"

— "De Cádiz, señor. No vé usted las cejas? Así solo las tienen las muchachas de allá."

— "La he visto en el Hotel de Roma; ¿vive allí?"

— "Sí señor."

A tiempo que sostenía yo esta conversación con el criado, se levantaron y salieron los desconocidos. La Balbina debutó, sin mirar á uno ni á otro lado, con el orgullo de una reina.

Yo abandoné también el Café y me dirigí á mi habitación en el hotel vecino, pensando en ella. Salí á mi ventana y contemplé el solitario jardín en donde el sol calentaba las gardenias y yacía el banco de mármol.

Abajo tocaron á comer. Cuando bajé estaban ya sentadas, junto á una larga mesa, unas doce ó quince personas entre ramos de olorosas flores. Inmediata á un extremo de la mesa y próxima á una ventana estaba sentada la Balbina. Su vestido era el mismo, sin faltar el clavel rojo.

El hotelero me condujo á la mesa y presentándome por mi nombre á los comensales me señaló el sitio opuesto al que ocupaba la Balbina.

¡Allí estábamos ella y yo, frente á frente!

Ella parecía interesada en una conversación con su vecino, un fornido valenciano, el cual le hacía repetidos cumplimientos, protestando estar impaciente por oírle cantar esa noche el aria "El amor nació de gitanos," y tarareando el patético aire devoraba una gruesa alcachofa. La Balbina reía y le ofrecía pensar sólo en él cuando estuviera cantándola. Luego lanzaba él sus tiernas miradas á un trozo de sollo que acababan de traer, lo que provocaba la risa de los concurrentes.

La Balbina tomaba poca parte en la conversación general, limitándose á lanzar una que otra expresión aguda que los otros demostraban apreciar y recibían como verdaderos dones.

Al final de la comida, habiéndose tratado nuevamente de la representación de "Carmen" anunciada para esa noche, dijo un señor de Córdoba:

— "Vamos á estar esta noche en ascuas, porque la dama que ha de hacer de Carmen es ardiente como una llama."

— "No," atrevíme yo á replicar, "esta Carmen es una señora con un alma de hielo."

El señor de Córdoba, lleno de asombro, calló. También los demás oyeron admirados mi observación sin atreverse nadie á objetarla. Sólo la Balbina mirándome fijamente, dijo:

— "Usted tiene razón, señor, esta Carmen es una mujer con alma de hielo. Así lo verán ustedes esta noche y prepárense, no para arder, sino más bien para helarse."

— "Celebro que sea usted de mi opinión," la dije, "así ya sé que he de pasar esta noche algunas horas de placer."

— "Una Carmen sin fuego?" observó alguien. — "No, no: no digas semejante cosa! Y tú dices ser una muchacha de Cádiz!"

— "Yo soy una muchacha de Cádiz y sé como debo personificar á Carmen," replicó ella. — "Tú quieres experimentar," repuso otro.

— "Una Carmen sin pasión!" exclamó un tercero. — "Oh! Balbina, yo te daré la que á tí te haga falta!"

— "Yo no he querido significar," agregó ella un tanto azarada, "que Carmen sea una mujer sin pasión, sino que esa misma pasión colo a su vida bajo una costra de hielo á través de la cual no es posible compadecerla."

Yo me incliné en señal de aprobación añadiendo:

— "Y bajo esa costra de hielo es forzoso que muera."

— "Es forzoso que muera," repitió ella en tono lánguido.

La comida había terminado. La Balbina se levantó y se despidió con un gracioso; ¡Adios! ¡Qué sorpresa para mí cuando inclinándose me alargó su mano diciéndome:

— "¿Va usted realmente al teatro esta noche?"

— "Sí," repuse, tomando su blanquísima mano que oprimí suavemente; "quiero ver como muere Carmen con su corazón de hielo."

Salieron todos unos tras otros y yo pasé al jardín en donde brillaba un débil sol de invierno. Me senté en el marmoreo banco de alto espaldar á inmediaciones de la fuente, dejándome cobijar por los ramos de gardenias. Las rojas flores interpuestas entre el sol y yo irradiaban su color sobre mí. Entonces comencé á soñar con la Balbina. Pensé cuan grato me sería que estuviera sentada á mi lado para poder decirle cuan bella era, qué encantadoramente bella y cuan feliz me había hecho dándome á estrechar su mano. Y pensé:

— "Si pudiera decirle cuánto la amo y cuánto la he amado desde el momento que la ví y si pudiera estrechar nuevamente sus manos, esas suaves y blanquísimas manecitas, y contemplando su dulce sonrisa de felicidad, estrecharla contra mi pecho palpitante; pero..... de noche ha de ser y cuando las estrellas brillen....."

El sueño era ingenuo y finalmente no pude menos que burlarme de mí mismo. Me levanté, subí á mi cuarto y traté de dormir un par de horas, más me fué imposible. Me imaginaba ver siempre delante á la bella Balbina; su mano entre las mías y creía contemplar las arqueadas cejas como sólo las tienen las muchachas de Cádiz. Cuando me levanté sentíame aún más cansado que antes y resolví dar un paseo al aire libre á lo largo del Guadalquivir. Caminando por una de las solitarias calles que á ese río conducen, contemplé, sorprendido, delante de mí en el balcón de una de aquellas casas á la Balbina al lado de un joven buen mozo.

Ambos miraban hácia la calle y platicaban. Ella tenía esta vez un vestido gris y un pañuelo rojo en derredor del cuello. Entre los labios sujetaba un blanco botón de rosa pero el clavel no estaba demás. Cuando estuve casi debajo del balcón saludé. Ella se inclinó y dejó caer el botón de rosa. Fuese ello intencional ó casual, la rosa yacía á mis pies y naturalmente hube de alzarla. Luego saludé agradecido y ella se inclinó, seria y pálida. Mientras tanto el joven había desaparecido. Al final de la calle volví de nuevo la cabeza y también ella había entrado.

Continué mi paseo con la rosa en la mano. En seguida comencé á pensar en la Balbina. ¿Cómo estaba ella en ese balcón y quién era el joven que á su lado estaba? Luego me venían á la imaginación los dos toreros con quienes estuvo esa mañana en el Café América.

Mis pensamientos se extraviaban; pero, nó; Balbina no era una mujer cualquiera. Mas ¿qué podía ser esta mujer? Y no me era dable llegar á una conclusión. Que era bella, sí, extraordinariamente bella, y pálida y esbelta y que tenía manos suaves y que la amaba, esto sólo sabía yo.

Me paseé en la ribera del Guadalquivir hasta entrada la noche. Después me fuí al Teatro.

Se tocó la abertura, se alzó el telón y se dió principio á la representación. Yo aguardaba con impaciencia el momento en que debía aparecer Carmen. Al fin la música la anuncia. Ella cruza un pequeño puente y descende tranquila y orgullosa, trayendo entre sus labios un clavel. Su voz no era poderosa pero sí sonora.

El aria "En un bosque de Sevilla" la cantó de manera seductora entre dormida y melancólica, con la ternura de una niña.

Cuando con el aria "El amor nació de gitanos" se empeñaba en trastornar el seso á los sevillanos, pensé yo que en algún palco un fornido valenciano el oído aguzaba, y que con la cabeza llevaba el compás de la delicada canción.

El desempeño de su papel fué tal cual lo hacían esperar sus promesas, hechas en la mesa esa mañana. En su porte había siempre algo de real y sus movimientos denotaban frialdad. En sus arranques de afecto jamás se salió

de los límites de lo racional y sólo una que otra vez noté incertidumbre en su andar y contracciones de las manos, que acusaban un nervioso y agitado estado de ánimo. Su vestido era sencillo y ajustado á su esbelta figura. De su desordenada cabellera pendía un rojo botón de rosa.

En las angustias de la escena final cuando acosada por el puñal de José comprende que va á morir, su talento llegaba, por decirlo así, al climax y el entusiasmo del público no halló límites colmándola de aplausos.

Después de esta escena y siempre que los aplausos del público la hacían volver á las tablas, pude observar en ella cierto agotamiento y que sus labios estaban pálidos y turbios sus ojos. Una vez se inclinó hácia el palco que yo ocupaba pero ¡qué inciertamente!

El telón cayó por última vez y el público se precipitó á la calle.

Yo emprendí lentamente el camino del hotel. El canto de la Balbina y los movimientos de su cuerpo no se separaban de mí un momento. Había aún animación en las calles de Sevilla y en las tabernas se oían alegres jaleos con todo su acompañamiento de palmas, guitarras y castañuelas.

La luna brillaba esplendente.

Llegado al hotel, subí á mi cuarto, encendí la lámpara, me acomodé muellemente en el diván y pensé una vez más en la función del Teatro San Fernando. Cada movimiento, cada mirada de la Balbina se me venía á la imaginación nuevamente. Así permanecí hasta altas horas de la noche, cavilando. Finalmente, incomodándome el aire que por la abierta ventana entraba, me alcé y trastavillando, casi en sueños, la cerré. Por la entreabierta celosía eché una mirada al jardín en donde aún alumbraba el resplandor de la luna. La fuente corría lanzando un tenue rocío que resaltaba, brillante, sobre la oscura base de piedra y aún me pareció ver á alguien sentado en el banco



RUINAS DE LA ANTIGUA PANAMÁ.—LOS ACTUALES MORADORES.

de mármol, cuyo traje parecía brillar como las vestiduras de una hada: pero no observé más, faltándome la energía para sacudir el sueño que ya me invadía con fuerza avasalladora.

Me dirigí á tuestas al diván, me eché y pronto estuve dormido. No fué por cierto un sueño restaurador, pues no bien me hubé dormido comencé á soñar con la Balbina, de manera tan clara y vívida que aun hoy me parece una realidad. Por lo menos no recuerdo en mi vida haber tenido sueño tan claro y en que los más minuciosos detalles se me hayan gravado de manera tan indeleble en la memoria, y por esto se me ocurre en más de una ocasión preguntarme á mí mismo:

“¿Fué sueño, ó realidad?”

Soñé que estábamos ambos sentados en el banco de mármol. Era una noche abundante en flores y estrellas. La Balbina tenía el traje

de *Carmen*, tal cual lo había llevado en el último acto, de seda blanca; zapatos del mismo color y en la cabeza una mantilla también blanca. Yo le había colocado en el pecho un ramo de gardenias tomado del árbol que crecía por sobre el banco. Aun me parece contemplar las rojas flores entrelazadas con hojas. La luna vino por sobre el muro del jardín y subió lentamente á la cresta de una palma. Las estrellas resplandecían, la fuente esparcía cuentas de plata y un pesado vapor se cernía en nuestro derredor, que amenazaba trastornar á mi compañera sus sentidos. Mi brazo estrechaba su tallo y su mejilla descansaba sobre la mía. Permanecíamos en silencio, como en un sueño, admirando la tranquilidad de la noche y el caprichoso serpentear de las aguas de la fuente.

Cuando desperté era ya de día. Mi cabeza estaba pesada y mis miembros entumecidos. Me trasladé á la cama y permanecí acostado hasta medio día. Dormir no me fué posible porque el sueño de esa noche no me abandonaba. Me parecía que éste había sido una realidad y no me resignaba á creer que era en el diván que había despertado y no en el banco de mármol, bajo el árbol de gardenias.

Cuando tocaron á almorzar me levanté y bajé. Al entrar al comedor mi vista se dirigió primero al sitio que debía ocupar la Balbina. ¡Estaba vacío!

La conversación de los comensales me pareció animada como siempre. Tomé asiento en el lugar de costumbre.

—“Y bien,” dije. ¿En dónde está hoy nuestra Carmen?”

Todos me miraron atónitos.

—“Pero querido amigo!”

—“El no lo sabe aún.”

—“Pero qué ha sucedido?” pregunté.

—“Resuelva usted si puede ese enigma: la Balbina ha muerto.”

—“La Balbina ha muerto?”

—“Hoy la han encontrado en el jardín, sabe usted? Tenía aún el vestido conque hizo anoche de *Carmen*, de seda blanca, zapatos y mantilla del mismo color. En el pecho tenía un ramo de gardenias y la fuente corría.”

—“El médico cree que ha muerto del corazón.”

—“Ella fué siempre un misterio, como ha sido su muerte.”

El valenciano, quien en este momento descuartizaba una gallina, meneó su cabeza afirmativamente y comenzó á tararear la música del aria “*El amor nació de gitanos*.”

MANUEL E. AMADOR.



En un album

Hermosa como una rosa
dices que eres, y no obstante
hallo la imagen capciosa,
que la rosa más radiante
solo es hermosa un instante
y tu siempre eres hermosa.

LUIS P. VILLANOVA.

Romerianas



COMO las golondrinas de la emigración española, al acercarse el invierno frío y húmedo de estas tierras cálidas, las familias que abandonaron la capital allá por Enero, en busca del aire puro y saludable de los campos, después de una ausencia relativamente larga retornan á la ciudad con el deseo plausible de concurrir á las festividades sociales que tanto halagan el espíritu y fortifican el alma para las luctuosas diarias de la vida.

Los ojos, ya cansados de ver por todas partes los estragos de un verano largo y la belleza regia de un sol ardiente, ansían ensimismarse ahora

con la contemplación de otros espectáculos á la fresca blusa del veraneante sucederá muy pronto la pechera almudonada del caballero de frac y á la *Kimona* indiscreta que deja aliviar al descuido las formas aspasianas ó gráciles, reemplazará de fijo la *Chambra* elegante de delicado lino adornada con encajes *boleros*; las gorrillas—especie de boinas españolas—que en los “*Llanos del Club*” se usaron durante las noches de luna, ceden su puesto llenos de humildad á otros adornos para los cabellos, y los brazos venusinos, y las pecheras bien modeladas se preparan ya para los escotes atractivos de los bailes del “*Internacional*.”

Ha llegado, pues, la estación del invierno con sus lluvias frías é impertinentes, pero también trayendo en su alforja sus fiestas deliciosas con sus placeres no del todo efímeros.

Dispongámonos, ya, para las verbales y las recepciones; para los paseos y bailes para las tertulias de familia y para las funciones teatrales.

Sobre la blanca cuartilla saturada la idea escrita será tan sólo fiel retrato de lo que suceda y Dios sea con nosotros

* *

Desde Hamburgo el corresponsal literario y artístico de EL HERALDO DEL ISTMO, Don Manuel E. Amador, nos remite, traducido por él especialmente para este quincenario, un precioso cuento sobre impresiones de la tierra de Cervantes, del célebre literato germano Hans Bethge.

Recomendamos á nuestros amigos la lectura del artículo en referencia y damos al compañero de labores y amigo siempre amable nuestras más sinceras gracias por su valioso envío.

* *

En Madrid la Compañía “*Guerrero Mendoza*” privilegiada de la aristocracia en su mayor parte—ha emprendido la tarea de resucitar el teatro clásico peninsular antiguo, tarea en la cual han obtenido éxito notable los dos artistas españoles llamados con razón hoy día los reyes de la escena.

Don Alvaro ó la fuerza del sino, famosa tragedia de Don Angel Saavedra, ha sido representada en el “*Teatro Español*” con el mismo entusiasmo y fervor artístico de los buenos tiempos de aquél gran actor que se llamó Rafael Calvo quien encarnando el valeroso y desventurado *Don Alvaro* supo obtener grandes triunfos escénicos.

Don Alvaro ó la fuerza del sino fué escuchada en el “*Español*” con el regocijo de siempre, por que esa es obra que no tiene ocaso, que reúne bellezas y atesora galas y por que á todos los públicos—ya sean latinos: todos almas: ya sajones; todos practicalismo—siempre conmueven las trágicas aventuras del enamorado caballero indiano.

En Panamá—ya que el Gobierno vá á construir un nuevo teatro—debe pensarse desde ahora en la manera de hacer funcionar en él Compañías que no solo destruyan el auditorio, sino que tambien lo instruyan; hacer teatro y no meditar en la manera como se debe obtener

la venida de buenas Compañías, es tarea no concluida.

Al Ejecutivo le toca ver el modo de incluir en el próximo Presupuesto una partida para subvencionar empresas teatrales que á juicio de los aptos en la materia merezcan esta gracia.

* *

De la cosecha de Aurelio Máximo son los siguientes renglones que copio de su cartera:

"La Iglesia Católica universal dedica como es sabido una semana entera todos los años á la representación del drama del Calvario—la muerte de Jesús de Nazareth, el Divino—ocurrido hace ahora mil novecientos cinco años. De este modo mantiene viva la fé en los corazones de los fieles y sostiene su poder tan rudamente atacado en los tiempos de incredulidad que corren.

Entre nosotros la celebración de esta semana, apellidada santa, ha revestido como en años anteriores gran pompa y solemnidad. Los templos adornados con profusión, iluminados y llamativos, hablando á los sentidos; las ceremonias del culto, con todos sus misterios, imponentes, y conmovedores; y los creyentes, la gran multitud de los creyentes, los Bienaventurados de que habla el profeta, ora tristes—el Viernes Santo—ora alegres—el Sábado de Gloria—mostrando orgullosos la felicidad de creer, de creer en algo, de adorar á la Divinidad impenetrable ó incognoscible.

¡Ah, los creyentes! ¡La inmensa multitud de los creyentes!"

* *

En *La Estrella de Panamá* del Sábado, sección de cables, leo la noticia de la muerte—ocurrida en Madrid—del poeta Manuel Reyna.

El aviso lacónico no dice cómo ha ocurrido la desgracia, pero al ver el nombre del mimado de las musas á mi memoria viene el recuerdo del magistral soneto que, como hermoso brillante entre riquísimo polvo de oro, se destaca en su famosa composición: *Byron en la bacanal*.

¿Habrà muerto el poeta, lleno de riqueza pecuniaria?

¿Habrà acaso tenido quien en la hora angustiosa de la agonía le remoje los labios con agua y le refresque el alma con el rocío bienhechor de lágrimas sinceras?

Nada sabemos aún; no hay un solo detalle.

Así quiero vivir!... Y cuando muera,
Fabricad mi ataúd con la madera
De vuestro dulce bandolín sonoro,
Y colocad sobre mi cuerpo helado
Un sudario magnífico formado
Con vuestros chales de brocado y oro.

Tal dijo el poeta á las hermosas, pero acaso su muerte—ya pasaron los tiempos de Tirteo—habrá sido triste, pobre, solitaria y amarga como la de Verlaine.

Y ahora—¡oh lectorcitas!—de ustedes una oración por el alma de Manuel Reyna, el intelectual que tanto supo alabar los méritos indiscutibles del bello sexo.

* *

En el teatro "La Gaité" de París se ha estrenado hace poco con inmenso éxito la comedia trágica en cinco actos y en verso, titulada *Scarron*, original de Catulle Mendés.

La obra tiene algunos trozos de música del Maestro Reynaldo Hahn, y aunque es grande, pues figuran en el reparto cincuenta personajes, sin contar comparsas ni figurantes, solo cuatro actores llevan los principales roles y de éstos dos han conseguido triunfo completo:—Juan Coquelin, protagonista, y Gilda Darty en el papel de Ninón de Lenclos.

Un cronista dice con respecto á este estreno:

"A la altura de la versificación, fantásticamente esplendorosa como una cascada de pedrería, ha estado el trabajo de Coquelin, modelo indiscutible de arte refinado, justamente aplaudido en el gesto, en la recitación inimitable, en la acción maestra.

Gilda Darty, espléndidamente bella, ha declamado muy bien, presentándonos una

Ninón de Lenclos, capaz de conquistar el mundo con su perpetua sonrisa.

Mademoiselle Sylvie, en el papel de Francoise D'Aubigne, la esposa de Scarron, y el actor Capellani, en el papel de Villarceaux, el pretendiente afortunado de Francoise, se han esforzado para contribuir al éxito de la interpretación."

He aquí, á grandes rasgos el argumento de la obra aplaudida:

"La acción de la obra comienza en una fiesta popular carnavalesca, en 1637. Scarron, el poeta satírico y procaz—Coquelin—aparece disfrazado de mono. Búrlase de la fe religiosa, y lo increpa una niña; la multitud lo coge, llévaselo y lo arroja al río. La mojadura produce á Scarron la parálisis que sufrió hasta morir.

En el segundo acto, 1647, Scarron, enfermo, baldado, pero siempre burlón, aparece sobre un sillón de ruedas en el momento en que acaba de casarse con Francoise D'Aubigne,



RUINAS DE LA ANTIGUA PANAMA.—EL VIADUCTO

la niña que diez años antes lo reprendió severamente y que después de la muerte del poeta llegó á ser la célebre madame de Maintenon.

Mientras comen los invitados, Scarron improvisa y canta un epitalamio grosero. Francoise le arroja la misma dura irase de reconvencción que en el primer acto, en la escena de Carnaval, y el esposo, colérico, mándale retirarse, y él se queda solo con Ninón, contándole, en una escena interesantísima, como se ha casado con la niña. Al fin, solos ya los esposos, ella empuja el sillón hasta el borde del lecho, ayuda al enfermo á acostarse, y acercándose á la ventana con una lámpara, hace señas que por alguna insinuación de un aparte parecen dirigidas á su pretendiente Villarceaux.

Tercer acto. Scarron y su esposa habitan una linda casa en el campo. Ella tiene citas con Villarceaux. Entérase Scarron por confidencia de un librero, y sobreponiéndose á la parálisis, en un supremo esfuerzo, coge la espada, abandona el sillón, corre al dormitorio en busca de la esposa y no la encuentra.

En el cuarto acto, Scarron furioso, espada en mano, sorprende en casa de Ninón de Lenclos una entrevista amorosa de Francoise y Villarceaux. Francoise injuria al poeta.

—Puesto que eres bufón, le dice, véngate con epigramas.

Scarron cae inerte. Cuando lo levantan y lo ponen en el sillón, hay una larga escena muda en que Coquelin ha obtenido aplausos frenéticos.

En el quinto acto muere Scarron, mezclando á sus terribles dolores sátiras y burlas sangrientas, entre risas, delirios, espasmos y contorsiones, que han sido una labor maravillosa de Coquelin."

Y la noche del estreno, desde su asiento en platea, Madame Catulle Mendés, llena de entusiasmo por el éxito obtenido, aplaudió calurosamente la obra de su esposo y después en *Le Figaro* ella en persona ha publicado un artículo en el que relata como fué escrito *Scarron*.

* *

Desde París á su hermana Lola de Turcios, Ruben Darío le envía una tarjeta postal con su retrato y en ella se lee lo siguiente que copio de *Gente Nueva*:

Este viajero que ves
Es tu hermano errante. Pues
Aún suspira y aún existe,
No como le conociste,
Sino como ahora es:
Viejo, feo, gordo y triste.

En los intelectuales, cumpliéndose la ley de las compensaciones, así como perciben con mayor intensidad que los temperamentos vulgares, los placeres, también en ellos el dolor—ya sea moral ó físico—es más poderoso y deja casi siempre huella indeleble.

Más que los años, talvez los sufrimientos y las desilusiones han cambiado el aspecto físico del poeta, pero ese mismo sufrir ha fortalecido su cerebro y hoy resulta mucho más fecundo y más admirable que cuando lanzó á los cuatro vientos de la publicidad su famoso libro *Azul*.

* *

Ahora, antes de poner punto final á estas ROMERIANAS, viene á mi memoria el recuerdo dulcísimo del sol de mi terruño y del Hato alegre y tranquilo en donde pasé toda mi niñez.

Allí he estado hace apenas tres semanas por pocas horas: como siempre el sol de mi tierra, un sol hermoso, radiante y puro, un sol que hace la atmósfera mucho más diáfana y los paisajes mucho más halagüeños y artísticos, iluminaba la vasta montaña que sobre el fondo plácido y tranquilo de un cielo siempre azul, muestra las desigual-

dades de su terreno que los árboles centenarios adornan y entre los cuales se destaca, como mancha de oro sobre un inmenso campo de esmeralda, el *Carbunco*: el cerro de las supersticiones y las creencias, el cerro que todos los años, el Viernes Santo, irradia entre el bloqueo oscuro de la montaña negra al ser incendiado por alguno de los vecinos que á su falda pasan tranquilos su vida plácida de vaqueros ó de cazadores.

¡Sol saludable; sol hermoso de mi tierra; cuánto de extraño!

En el hogar, mientras tú prestabas tus luces de oro al campo, mi espíritu paulatinamente fué evocando uno por uno los recuerdos de aquellos años felices de mi niñez, alegre y tranquila, cuando la preocupación de un porvenir desconocido no mortificaba el cerebro ni el alma sentía el acicate del deseo poderoso de realizar ideales de amor y de engrandecimiento personal.

Todo en el hogar está lo mismo que en ese entonces y sin embargo, al llegar á él,—no sé porqué—la tristeza se albergó en mi sér y, como nunca, comprendí lo cruel de verme sólo, horriblemente sólo, con esa soledad desastrosa y matadora de que nos habla Maupassant, que llega muchas veces á atrofiar los sentimientos nobles.

Y mientras meditaba mirando el llano que tú ¡oh sol! quemabas con tus rayos de oro, sacóme de pronto de mi abstracción con un beso en la frente y el sonido grato de su voz de paz, mi madre, la mujer fuerte de bondad infinita que aún logra hacerme olvidar las horas amargas de mi vida y me dá bríos para las luchas diarias

Romero

Sobre "Arpas Cubanas"

El cultivo de la Poesía en un país depende indudablemente, á nuestro modo de ver, de causas físicas y morales muy complejas. De aquí resulta desde luego que determinados países sean más fecundos en poesía grande y bella que otros. Pero no es esto ciertamente afirmar que la inspiración sea exclusivo don de razas ó naciones especiales, pues en ningún caso es esto lo que queremos manifestar.

Entre las causas que decimos citaremos algunas; las que en nuestra opinión influyen de modo más directo en el cultivo poético. Las bellezas naturales de un país figuran desde luego en primera línea de manera innegable. Es casi axiomático que un cielo sin nubes, una atmósfera transparente, aire puro, sol radiante, paisajes espléndidos de lagos tersos, arboledas cubiertas de verdor, pájaros y flores, entusiasman, despiertan ecos dormidos y son fuente perenne de inspiración.

De acuerdo con esto, Italia cuenta mayor número de poetas que ningún otro país, entendiéndose que hablamos de verdaderos poetas y no de copleros ni rimadores de relumbrón; España y Francia más que Alemania y Dinamarca, é Inglaterra más que Suecia y Rusia.

Otra causa influyente es la historia. La heroica, sobre todo, es un rico venero de poesía. Incluimos aquí también, por ser este su lugar, la Fábula, ya que en el transcurso del tiempo lo real y lo fingido se confunden de tal modo en la tradición popular que obran con igual poder en la mente del pueblo. La historia heroica ha dado á la Humanidad grandes poetas: Homero, Virgilio, Camoens, Tasso, Corneille, Racine.

La Religión y el Amor entran por buena parte en el bagaje de todo poeta hasta mediados del siglo pasado. Es sólo de entonces para acá que un soplo de indiferentismo pasa sobre las liras de celebrados poetas modernos. La Religión y el Amor, las fuerzas contentivas y propulsoras, han inspirado los cantos de Petrarca, Dante, Milton, Klopstock, Goethe y otros.

Como complemento de todas estas cosas viene finalmente la cultura, sin la cual todas las demás valdrían bien poco.

Los pueblos cultos, en que el hombre se despoja lo más posible de su corteza ruda y de sus instintos bárbaros, son más sentimentales desde luego que los que no gozan de este beneficio. Y como sin sentimiento no puede haber poesía, se desprende al momento la verdad de nuestra afirmación.

* *

Cuba, la hermosa Antilla, es tierra fecunda para la Poesía. Reune ella todas las causas que arriba dejamos apuntadas: belleza natural, historia guerrera, pueblo religioso, mujeres hermosísimas capaces de inspirar grandes pasiones, cultura intelectual... Ha tenido poetas notables de gran nombradía en Hispano-América y aun en la madre España, como Plácido, Heredia, Milanés, Zenea y Palma. Es, pues, tierra de heroísmo, tierra de amor, tierra de belleza sin igual.

Dadas estas circunstancias, una Antología de poetas jóvenes de Cuba debía interesarnos en extremo y así fué efectivamente. Apenas cayó en nuestras manos el libro—*ARPAS CUBANAS*—cuando deteniéndonos solamente el tiempo preciso para leer el prólogo de Conde Kostia que, dicho sea de paso, releímos luego pues es bellísimo como todo lo que sale de su pluma, nos entregamos al delicioso y delicado placer de saborear la jugosa poesía que contienen sus cuatrocientas páginas.

Juzgar nosotros sobre el valor de una joya de tanto mérito sería una temeridad. No haremos, pues, más que emitir acerca de ella nuestra opinión, que bien sabemos desde luego que tiene un valor relativamente ínfimo.

* *

De los veintinueve poetas que ocupan puesto en el libro, casi todos nos impresionan favorablemente. Sin embargo, creemos que pocos de ellos llegarán á cansar á la Fama: tal

vez Ricardo del Monte, tal vez Bonifacio Byrne, tal vez Manuel Serafin Pichardo, Hernández Miyares, Aurelia Castillo, Federico Uhrbach, Lola Rodríguez de Tió....

Esta selección de nombres no obedece á un mero capricho nuestro. Con prolijo cuidado hemos estudiado todas las composiciones del libro; no ha sido meramente una lectura rápida la que nos ha permitido formar juicio, sino un exámen detenido de cada una de ellas. Y á nuestro modo de pensar son los nombrados, poetas por el sentimiento, por la inspiración, por el estudio y por el gusto, los que en mejores condiciones se presentan para escalar la cumbre.

La musa que inspira á los veintinueve escogidos es dulce y sentimental, pocas veces triste ó trágica, casi nunca juguetona. La nota patriótica abunda en cambio y hay muy pocos de ellos que dejen de darla, llegando en veces á lo magnífico como Bonifacio Byrne en su *De cara al mar*, ó como Fernando de Zayas en su *Oda al 27 de Noviembre*.

Nuestra admiración por los bardos de Cuba no nos engaña, sin embargo. Confesamos, pues, que si bien todos ellos son notables como poetas, casi ninguno alcanza á ser artista: su inspiración se desborda en consonantes más ó menos difíciles como los ríos en las épocas de grandes avenidas. Pero el pulimento de la frase, la sonoridad onomatopéyica, el consonante delicado, raro, los adjetivos exactos, los complementos sugestivos que dan fuerza á la idea, no abundan. Muy poco del alma de Casal, el maestro del estilo en la Cuba moderna, hay en el libro. Queda apenas uno que otro girón en los versos de Hernández Miyares, de Pichardo, de Byrne, de René Lopez y de la delicada Dulce María Borrero, la madonita de la *Inspiración* como la llama Conde Kostia.

Se nota desde luego que gran parte de los autores no tienen ideal determinado. Escriben por capricho, obedeciendo á estados de alma diversos, sin ajustarse á escuelas ni á reglas, con una amplitud de vuelo muy de aplaudir si antes se hubieren preparado convenientemente para alcanzar la victoria.

¿Que nuestras opiniones son concluyentes? No tal; son no más la exposición de nuestro criterio, unipersonal y sujeto á error. Podemos ir descaminados, pero no es nuestra compañera la malicia. Y en ningún caso pretendemos imponer este criterio, sino simplemente darlo á conocer.

Una cosa ha llamado nuestra atención vivamente y es el no ver figurar en el libro al Conde Kostia (Aniceto Valdivia) más que como prologuista. Por los periódicos de Cuba sabemos de él que es un buen poeta, que ha escrito versos muy bellos y que su poema *Melancolía* inspirado en el cuadro del Durero, le ha valido felicitaciones calurosas y consideraciones de verdadero artista.

Arpas Cubanas nos sirve para juzgar más bien de la poesía cubana en general. Es manifestación de una época y acusa en la hermosa Antilla un nivel intelectual elevado. Una mano hábil, escogiendo aquí y allá en el jardín poético, las más bellas rosas, los jazmines más olientes, los claveles gallardos, las clemátides y los miosotis, ha formado este divino ramillete. Al aspirar el grato perfume que de él se escapa, nos hemos sentido transportados á esa hermosa tierra de Cuba que tiene todas nuestras simpatías. Y aún ahora, colocado sobre nuestra mesa de trabajo, mostrando como banderas victoriosas las altas letras rojas del título llamativo, nos habla de ilusiones, de amores, de ideales, de todo lo grande y lo noble que en el país del ensueño cultivan los poetas para deleite propio y satisfacción burguesa de las masas anónimas, que pocas veces los comprenden y nunca premian dignamente sus desvelos.

Aurelio H. Ponce

Gerardo Lewis

Me comuniqué con él lo suficiente para apreciarlo hasta poder formar un concepto de su persona. No fui de sus íntimos, y, sin embargo, casi estoy seguro de que lo estimé mejor que otros que lo fueron.

Nuestras conversaciones no pasaron nunca de contados instantes, interrumpidas casi siempre por las atenciones que debía prestar á sus faenas cotidianas relacionadas con el comercio; pero fué suficiente eso para que de mí se hiciera estimar como amigo.

Fué un hombre que merece honrarse con el calificativo de bueno. No tuvo odios ni puso asechanzas á nadie, en sus negocios, á pesar de este medio de mercantilismo farisaico en que vivimos. Fué sensible al amor de su familia: fué en su trato un caballero siempre. Qué más? Ah, si todos los hombres pudieran llevar esa ejecutoria á la tumba!

Una vez, evocando sus recuerdos de niño, me habló, conmovido, de su maestro de primera enseñanza: un hombre que hizo bien y que llevó mi sangre: el Doctor Higinio Aguilera. Desde ese momento pude apreciarlo mejor, no porque se tratara de honrar una memoria venerable para mí, sino por él mismo. ¡Son tan pocos los hombres que saben recordar!

Fué, con dolor, á acompañarlo al lecho de su sueño último. Ahora hago público el testimonio de mi sentimiento. El sabe, desde allá de la eternidad, que el tributo mío á su memoria no ha sido el más pobre, porque nada ha tenido de los que sabe hacer la vanidad de lo terreno.

SALOMÓN PONCE AGUILERA.

Mayo: 1905.

Notas

SOUVENIR of the Panama Republic and the Canal Zone, se titula un precioso álbum de vistas del Istmo, editado por el señor A. Bienkowski, quien ha tenido la fineza de regalarnos un ejemplar.

El álbum interesantísimo para los extranjeros que deseen conocer siquiera someramente lo que es nuestra tierra, se vende al precio de 75 centavos oro americano en la *News Agency* del señor Bienkowski.

EL SEÑOR don Juan B. Sosa, Secretario de la honorable corporación municipal del distrito capital, nos ha obsequiado galantemente con una copia litográfica en colores del plano de la ciudad levantado últimamente por el hábil dibujante don Carlos Bertoincini.

Muy agradecidos al señor Secretario por su valioso obsequio.

NUESTRO distinguido amigo y colaborador doctor Salomón Ponce Aguilera tendrá para prensas en breve un hermoso volumen de cuentos escogidos, valiosa cosecha que pródigamente ofrece al público el notable intelectual. Ya nuestros lectores tienen una idea de las bellezas que el nuevo libro encerrará, pues en esta Revista hemos publicado algunos bellos cuentos de los que han de integrarlo. *Primera Comunión*, que aparece ahora, es uno de ellas.

No dudamos ni un momento que el público dará acogida favorable al libro del doctor Ponce Aguilera, cuyos méritos literarios, bien conocidos, la justificarían con creces.

Por nuestra parte, aguardamos con ansia el volumen. Es tan pobre la producción entre nosotros, que la sola noticia de la publicación es suficiente para interesarnos, y si el libro es de una firma tan valiosa en el mundo literario como la del Doctor Ponce Aguilera, fácil es figurarse la impresión que la buena nueva nos ha causado.

EL gracioso chiquitín ERNESTO ENRIQUE, encanto del hogar de nuestro buen amigo don Juan Ehrman, murió el Viernes 12 del presente mes, víctima de un ataque al cerebro.

Para los padres del angelito que por triste capricho de la Suerte Mala voló al cielo, nuestra expresión de condolencia.

Blanca de Varelles

NOVELA DE PASIÓN

DE JEAN DE LA HIRE

Traducción de EVERARDO VELARDE

CAPITULO SEGUNDO.

II

Omnia vincit Amor.
VIRGILIO.

(Continuación).

Esas manchas violentas de sangre excitaron estremeciendo á Blanca.

—Ah! pensó inmediatamente, el libro que me puso Luisa! si lo leyera?.....

Sin levantarse, extendió el brazo, atrajo el saco cerca de sí y cogió un libro que desembarazó de su envoltura. Mas á la vista de aquel volumen saliendo de la biblioteca tantas veces hojeada la víspera, como una especie de ensordecedora nube de moscas zumbadoras, todos sus pensamientos de angustia la sobrecogieron de nuevo, revivió su turbación, sus pesquisas, su placer en besar sus carnes, su insomnio, y al amanecer, la animación de sus ojos, el resplandor de su rostro, todo. Y fué con mano temblorosa que abrió el libro. El título, *Salambó*, la calmó por su misterio mismo. Volvió negligentemente algunas páginas, lo cerró con un movimiento de impaciencia y luego, abriéndolo de nuevo, sin mirar el número de la página en que se hallaba, leyó. Leyó, y sus ojos más vivos, se fijaban sobre las líneas, y su cabeza se inclinaba en un movimiento de excesiva atención, y sus labios murmuraban las palabras rápidamente, en una convulsión de todo su cuerpo. De súbito, dejando escapar el libro, á varios intervalos, y con la mirada vaga, dijo:

—Moloch! tú me quemas! Moloch, Moloch! tú me quemas!

Quién era Moloch?... Bah! qué importa?... Blanca había leído y Blanca había sentido pasar sobre sí una ráfaga de fuego que la había rodeado, penetrado, alumbrado.

—Moloch, Moloch, tú me quemas!... Y algo en efecto la quemaba, algo que subía desde el vientre hasta la garganta, que hervía en su cerebro y la enloquecía! Tomó de nuevo el libro y releyó en voz alta:

—“No te vayas! piedad! te amo! te amo!”

Y luego:

—“*Salambó estaba invadida por una languidez que la hacía perder toda conciencia de sí misma. Algo de íntimo y de superior á la vez, una orden de los Dioses la obligaba allí á abandonarse; sentía una como nube que la solevantaba y desfalleciente se echó en el lecho sobre la piel del león. Matho le asió los talones, la cadenita de oro se quebró, y los dos extremos, al escaparse, golpearon las sábanas cual dos rebotadoras vivoras. El zaimph cayó, la envolvió, y ella apercibió la figura de Matho encorvándose sobre su pecho.*”

—*Moloch! tú me quemas! y los besos del soldado, más devoradores que las llamas, la recorrían, arrebatándola en un huracán, presa por la fuerza del Sol.*”

Qué comprendía Blanca de todo aquello? Nada; la mayor parte de las palabras se le figuraban por la primera vez, otras expresiones, tanto así la sorprendían, pero ella sentía, adivinaba, sabía!... Aquello era, pues, el completo abandono de la mujer y la posesión entera del hombre, el fuego!... La nube que le velaba antes el horizonte del amor se desgarraba al fin, y el cielo se mostraba, rosado y azul, resplandeciente de divina luz, con paisajes de sueño! Aquello era, en un diluvio de besos un huracán de llamas que corrían sobre el cuerpo, lamiéndolo, penetrándolo, devorándolo! Aquello era una gloria, un triunfo, un goce supremo! Un envolvimiento, un arrobamiento, un éxtasis de todo el ser! Qué cosa tan inexplicable y terrible, tan infinitamente dulce y suave también... fuego y besos... besos y fuego!... Y, por un minuto, la vírgen tuvo sed de ese éxtasis y de esos besos; evocó esas voluptuosidades intensas, vertiginosas, insólitas, y, con ambas manos sobre el pecho para comprimir los latidos del corazón, buscó, buscó.....

Calmado y tranquilo, Jacobo dormía á su lado. En el sueño, su rostro había adquirido con líneas más acentuadas su ordinaria belleza de estatua antigua. Los codos en el aire, las manos sobre la cabeza, extendido en toda su longitud, dormía, y su garganta, que la envoltura de turista dejaba á descubierto, se levantaba y bajaba á impulsos del movimiento rítmico de su respiración. Blanca tuvo la irresistible tentación de acostarse á su lado y de apoyar su mejilla contra la mejilla de Jacobo, é inconscientemente, lo hizo. Después, lentamente, volviendo la cabeza con precauciones infinitas, acercó sus labios á los del joven y los besó.....

El viento, un viento muy suave, dejábase sentir. Pasando por el bosque, traía á Blanca todos los perfumes combinados de árboles y de plantas á un mismo tiempo que una frescura exquisita, hecha más efectiva y sensible por el discreto murmullo de la fuente. Descontenta de su beso, calmada además por ese viento que le rozaba el rostro y le secaba el sudor de la frente, se levantó, dió algunos pasos y luego sintió sobre sí el peso de un intolerable fastidio. A la vista de sus brazos desnudos, un pudor súbito le hizo bajar las mangas y cubrir sus carnes. Durante la comida, habíase desabrochado la blusa; la abotonó de nuevo pensando que Jacobo al despertar, podía contemplar su pecho. Caminando á lo largo de la orilla del bosque, encontró una pequeña balsa de cristalina y límpida agua formada por una corriente; se miró en ella y, por la primera vez en su vida se conceptuó bella. Por una coquetería jamás tenida, se arregló con los dedos los bucles del cabello, se fijó que la corona de climátides se marchitaba y cortó, colocándola algo arriba de la oreja izquierda, una flor de granada, la más hermosa y la más roja que pudo hallar. Después, satisfecha y gozosa, volvió donde Jacobo que, despierto ya, se había sentado. Por algunos instantes la contempló atentamente.

—Cuán bella sois! dijo. Jamás os había visto tan hermosa.

Y con algo de socarronería burlesca:

—Os voy á hablar como un poeta, añadió. Decidme, no habéis robado las flores? no le habéis arrebatado su belleza?..... Ved, están marchitas y tristes y vos estais lozana y alegre, como cuando ellas vivían. Por qué sois tan bella?.....

Se había levantado y había puesto las manos sobre los hombros de Blanca mirándola fijamente.

—Vuestros labios, repuso, son como

(Continuará).

